

Tiempos de crisis: Los campesinos y el café en Puerto Rico durante el cambio de siglo y la Gran Depresión

*Mabel M. Rodríguez Centeno
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras*

INTRODUCCIÓN

En la actualidad el café es uno de los sectores dominantes de la agricultura puertorriqueña. Según el censo de 1998 (U.S. Department of Agriculture, 1998), la caficultura ocupaba la mayor cantidad de hectáreas cultivadas, y sus ventas dominaban las de los demás productos. Lo más interesante de esto es que el 93% de las fincas censadas tenían 22 ha o menos, controlando aproximadamente el 52% de la tierra dedicada al café¹. Son entonces, las pequeñas heredades, de explotación individual o familiar las predominantes en la Isla².

Sin embargo, cuando nos remitimos a la historia, observamos que la organización productiva del café puertorriqueño en otros tiempos era distinta. Si bien los cosecheros campesinos siempre participaron de la producción cafetalera, los sectores social y económicamente hegemónicos eran otros. En el siglo XIX y en las primeras décadas del XX, los hacendados protagonizaron la historia del cafetal. Fueron los “tiempos de crisis” los que se encargaron de ir resquebrajando la preeminencia productiva de las élites y dando paso a la de los cosecheros más modestos.

El objetivo de este trabajo es, precisamente, explorar ese proceso. Se verá el papel de los pequeños y medianos cosecheros a través del tiempo, para analizar su importancia relativa frente a los hacendados en la economía y sociedad del cafetal. Con este propósito, discutiremos la expansión y auge del café a fines del siglo XIX, la crisis cafetalera del cambio de siglo, la recuperación de la industria a principios del siglo XX y, por último, la naturaleza e implicaciones de la gran crisis de las décadas de 1920 y 1930. El planteamiento central es que las coyunturas críticas del cambio de siglo y de la Depresión golpearon particularmente la

¹ Los cultivos de café ocupaban 32.335 hectáreas (en adelante ha), mientras que el cultivo de los plátanos, el segundo en importancia, dominaba 12.521 ha. Por otro lado, las ventas de café aportaron el 24,6% del total de las de los productos vendidos. Los plátanos, por su parte, aportaron 20,4% (U.S. Department of Agriculture, 1998). Para el predominio de las pequeñas y medianas propiedades, véase la Tabla 75 (U.S.D.A., 1998: 202).

caficultura hacendada. Por eso, después de la década de 1930 la responsabilidad productiva recayó, cada vez más, en fincas pequeñas o medianas.

LOS CAMPESINOS Y EL AUJE CAFETALERO DEL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XIX

La producción de café en Puerto Rico comenzó a observar una expansión gradual desde mediados del siglo XIX. No obstante, fue en la década de 1870 cuando emprendió un aumento acelerado en su producción y venta mundial. Los cosecheros de la Isla, lo mismo que los de otros países productores en América, aprovechaban el aumento de los precios internacionales. La demanda cada vez mayor por el producto, junto a una reducción de la oferta de algunos de los principales países productores (Brasil, Cuba y Java), invitaban a la producción del grano³.

En Puerto Rico, los buenos precios mundiales se conjugaron con circunstancias locales favorables a la expansión cafetalera. Entre estas últimas, cabe destacar la abundancia de tierras fértiles y adecuadas para el cultivo y la disponibilidad de mano de obra. Los comerciantes reaccionaron dispuestos a prestar dinero a los cosecheros, lo cual constituyó otro estímulo para la industria local (Bergad, 1983: 145-146; Picó, 1985: 97-98; Picó, 1986: 197-198). Además, el cultivo del café tiene la virtud de poder practicarse en todo tipo de fincas. Lo mismo se presta para explotaciones campesinas, que para las estancias, haciendas o plantaciones.

Muy pronto, entonces, los cafetales dominaron los paisajes agrícolas del interior montañoso y las exportaciones puertorriqueñas. Así, el café se convirtió en el producto líder de la economía insular, rebasando a la caña de azúcar (gráfico 1). Ya en 1886, el valor de sus exportaciones alcanzaba los 4,7 millones de pesos y representaba el 49% del valor de las exportaciones totales de la Isla. Diez años después, las exportaciones de café reportaron 13,9 millones de pesos y constituían el 77% del valor total de lo exportado (Bergad, 1983: 144). Puerto Rico se había convertido en uno de los mayores exportadores de café en América (Bergad, 1983: 147-148; Scarano, 1993: 466).

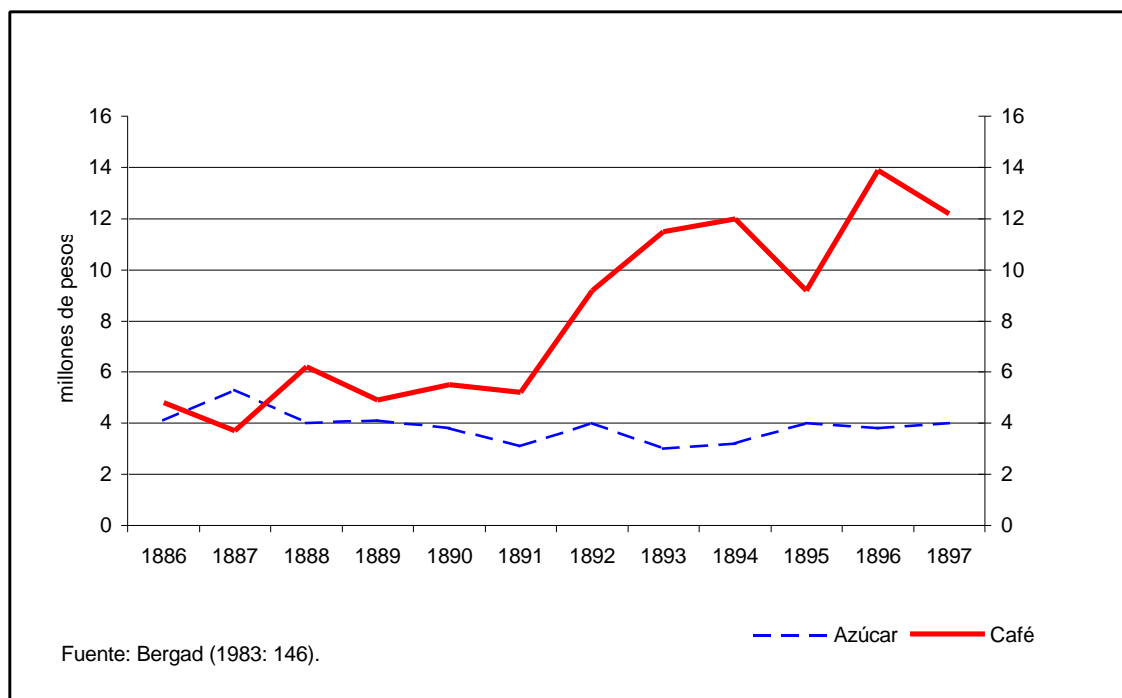
² Las propiedades cafetaleras de carácter individual o familiar representaban el 87% del total en 1992. Las controladas por sociedades son el 1%, las de corporaciones el 2% y otras el 10% (U.S.D.C.E.S.A, 1992: 194).

³ Para el aumento fantástico en los patrones de consumo per cápita en Estados Unidos véase Michael Jiménez, "From Plantation to Cup: Coffee and Capitalism in the United States, 1830-1930", en Roseberry et al. (1995: 38-64). Para la expansión del grano en el "siglo del café" ver la introducción de ese mismo libro (1-37).

Este proceso ha sido bautizado como la “época de oro” del café en Puerto Rico (véase, por ejemplo, Scarano, 1993: 460; o Bergad, 1983: 145). Ciertamente, la cordillera cafetalera se convertía en el eje de la vida puertorriqueña. La actividad económica, el aumento poblacional y la actividad política e intelectual son testimonio de la vida alrededor del “redituable” cafetal (Scarano, 1993: 467; Picó, 1986: 192).

Gráfico No 1

Valor de las exportaciones de azúcar y café; 1888.1897



Durante el auge cafetalero la producción estuvo en manos de los más diversos tipos de cosecheros. La montaña sería la última de las fronteras agrarias en abrirse en la Isla. Por eso, el proceso de apropiación de la tierra parecía estar abierto a todos. A partir de la década de 1850, cada vez más tierras se dedicaban al cultivo de cafetos y el paisaje agrario comenzó a cambiar. Por ejemplo, las municipalidades de Lares y Yauco experimentaron un agitado proceso que combinaba fragmentación y concentración de la tierra, mas con una clara tendencia hacia la proliferación de minifundios. Pero las propiedades que se estaban fragmentando no eran las grandes, sino los propios minifundios. En consecuencia, estas fincas eran cada vez más pequeñas⁴. Este

⁴ Por ejemplo, en 1854 las fincas menores de 8 hectáreas representaban el 42% del total y ocupaban el 7,2% del total de las tierras tituladas de Lares. Pero en 1867 esas mismas fincas representaban el 52% y dominaban el 7,4% de las tierras (Bergad, 1983: 95-96).

fenómeno explica, entonces, la doble tendencia hacia la fragmentación y la concentración de las tierras cafetaleras. Ese fue el proceso que caracterizó las transformaciones agrarias de las décadas de 1850 y 1860; y esa misma tendencia fue la que se intensificó a partir de la década de 1870, siendo totalmente evidente, por lo menos, hasta 1897 (Bergad, 1983: 177-178). Lo cierto es que la expansión del café provocó el aumento en las presiones por la tierra. El auge atrajo muchos nuevos pobladores dispuestos a trabajar y a poseer tierras de cafetal. Esa competencia por la tenencia se sumó a lo beneficioso del negocio para provocar el aumento en el precio de las propiedades (Bergad, 1983: 176).

Sin embargo, todo esto redundó en el empobrecimiento de los productores más pequeños. Mientras tanto, aumentaba el dominio de los hacendados y de los comerciantes que ofrecían créditos a los cosecheros de café. En otras palabras, se abría la brecha entre los más ricos y los más pobres; la riqueza se concentraba en pocas manos y la movilidad social descendente era la orden del día para los más pequeños. Con una agricultura orientada cada vez más hacia el mercado y con fincas cada vez menores, los cultivos de subsistencia terminaron por sacrificarse, afectando particularmente a los que dependían de esas garantías (Bergad, 1983: 179; Picó, 1981: 53-62).

Es más que evidente que los beneficiarios del auge cafetalero no fueron los campesinos y los peones. Los comerciantes se apropiaron de la mayor parte de las ganancias valiéndose del crédito y del control sobre los canales de venta al exterior. Los hacendados, por su parte, también ganaron porque controlaron las facilidades de almacenamiento y beneficio del grano, lo mismo que los medios de transporte y contactos de venta del producto. Todo esto les permitía acaparar las cosechas de los productores más pequeños y quedarse con buena parte de la ganancia del negocio del café. Para esto ofrecían adelantos de dinero y semilla, con lo que comprometían a los estancieros y a los campesinos a través del endeudamiento. Las deudas también funcionaron como mecanismo para garantizar la mano de obra necesaria. Así se estructuraba una fuerte cadena de dependencia que implicaba grandes riesgos para todos. (Picó, 1985; Picó, 1983a: capítulo VII)

La participación campesina y de los medianos propietarios fue, al extremo, desigual. La dependencia del crédito los obligaba a vender sus frutos al prestamista, perdiendo la opción de buscar el mejor comprador. Y, aún más grave, tenían que garantizar la deuda con sus tierras, lo que hizo frecuente la pérdida de propiedades mediante embargos o ventas forzadas. Esta situación comúnmente se tradujo en abuelo-estanciero, padre-campesino e hijo-peón (Picó, 1983 a).

En general, la vida de los peones y campesinos pobres se deterioró. La dependencia creciente del salario terminó por empeorar la dieta de los trabajadores. En la medida en que perdían sus tierras tenían menos oportunidades de complementar el sustento con fuentes alternas a lo que el dinero podía comprar. Por otro lado, el desmonte para la siembra de cafetales alteró el medio e hizo de muchos recursos propiedad privada, escamoteando las fuentes tradicionales de alimentación. Además, según aumentaba la población, lo hacía también la reserva de trabajadores, lo que propendía a peores condiciones de trabajo y estancamiento salarial. Si a esto se le suma que el control de las mercancías alimentarias de intercambio estaba en manos de los propios hacendados y comerciantes, se tienen peones mal alimentados, presa fácil de enfermedades y con una vida cada vez más difícil⁵. Todo esto era motivo de resentimientos sociales, que nutrían las más diversas formas de resistencia social (Picó, 1987).

LA CRISIS CAFETALERA DEL CAMBIO DE SIGLO

Lo cierto es que en 1897 el auge cafetalero llegó a su fin. Los precios altos que habían caracterizado los intercambios mundiales del producto cedieron ese año, debido a una situación de sobreproducción mundial. A la creciente oferta de los productores americanos no brasileños, se sumó la renovada y colosal producción del gigante cafetalero del sur (Brasil)⁶. Ese aumento productivo coincidió con el estancamiento de la demanda, para manifestarse en una verdadera caída de los precios del grano (Lewis, 1983: 347-349)⁷.

La crisis cafetalera del cambio de siglo afectó a los cosecheros de toda la América productora, mas en ese contexto los de Puerto Rico tuvieron problemas particulares. La clave para entender la profundidad de la crisis en este caso es el crédito. El financiamiento era una de las tantas debilidades estructurales de la economía insular, aunque en el caso del café, el problema se manifestaba en forma de endeudamiento excesivo. Los comerciantes habían facilitado créditos a los hacendados, y lo propio habían hecho los hacendados con los

⁵ Se refleja un aumento sustantivo en las tasas de mortalidad (Véase Picó, 1983a: capítulo IV).

⁶ En la segunda mitad de los 90 ya Brasil había resuelto sus dificultades de mano de obra (debidas al fin de la trata en 1850 y a la abolición de la esclavitud en 1888) con inmigrantes europeos, y había ajustado su realidad socioeconómica al nuevo régimen republicano (establecido en 1889), entre otras cosas (José de Souza-Martins, "Del esclavo al asalariado en las haciendas de café, 1880-1914. La génesis del trabajador volante", en Sánchez Albornoz, comp., 1985: 230). Para la demanda de café, véase: M. Jiménez, "From Plantation to Cup...", en Roseberry et al., 1995: 42-43).

⁷ Según los números de este autor, el precio aumentó de 45 chelines por quintal en 1870 a 61 en 1880, y a 83 en 1890. En 1897 el precio por quintal bajó a 41 chelines y no volvió a alcanzar este nivel hasta 1910.

campesinos, peones y productores medianos o pequeños en general. Creando una cadena de dependencia que, al momento de la crisis, desestabilizó las bases más profundas de la economía del café en el país (Bergad, 1983: capítulo 5).

La crisis provocada por la caída de los precios pareció afectar de un modo particular a las elites productoras. Los hacendados eran los que habían contraído grandes deudas con los comerciantes durante los años de bonanza. La baja en el precio del grano los ponía en grandes aprietos a la hora de cumplir sus compromisos. Muchos de ellos eran víctimas de la especulación excesiva en términos de los precios de la tierra y del producto. No fueron pocos los hacendados que compraron fincas a precios astronómicos en los 1890 y pidieron prestado contando con producciones que tendrían precios que les permitieran pagar sus deudas (Bergad, 1983: 205-206). Asimismo, los hacendados fungían como acreedores de los campesinos y estancieros, muchos de ellos sin otra posibilidad de pago que la que el valor de la tierra misma ofrecía. Y era tan poco, que para muchos hacendados el embargo de minifundios no resultaba atractivo.

COMO SI FUERA POCO...UNA INVASIÓN

Esta aguda crisis que, como puede verse combinaba factores internacionales y locales, se agravó con los cambios políticos en la Isla y el azote del huracán San Ciriaco. El 25 de julio de 1898, la colonia española de Puerto Rico fue invadida por tropas militares norteamericanas en el marco de la Guerra Hispano Cubano Americana. La invasión dejó al descubierto las profundas debilidades del colonialismo español en el Caribe y culminó con el traspaso de la posesión a los Estados Unidos.

Aún antes del desembarco de las tropas, la guerra hacía estragos. Desde que comenzó el conflicto por la independencia de Cuba (en 1895), el erario de Puerto Rico estaba obligado a contribuir con la causa española, sangrando los presupuestos insulares hasta extremos insostenibles. Pero en 1898, la Isla fue víctima del hambre y el temor. Primero lo fue con la imposición de un bloqueo económico que obstaculizaba la salida de productos puertorriqueños hacia mercados externos y la entrada de productos de primera necesidad; en mayo, con un bombardeo de tres horas sobre la ciudad capital; y, en julio, con la invasión y el establecimiento del gobierno militar norteamericano. Todo esto acabó por alterar la vida puertorriqueña en muchos aspectos.

Los cafetaleros fueron víctimas directas del bloqueo. Ahora no solamente su producto tendría un valor disminuido en los intercambios, sino que su comercialización fuera de la Isla sería, prácticamente, imposible. Después de la invasión (el 25 de julio) y el traspaso de la soberanía de España a Estados Unidos (el 12 de diciembre de 1898), perdieron también sus privilegios en los mercados tradicionales del producto: Cuba y España.

Los problemas, sin duda, se habían agravado. Y eso sin contar con que el cambio de gobierno fue aprovechado por los pobres del cafetal para vengar los resentimientos sociales que habían acumulado durante la época dorada del cafetal. Las antiguas contradicciones y desigualdades salían a flote. Las que antes se había manifestado en formas de resistencia pasiva, después de la invasión se convirtieron en violentos ataques contra las propiedades de comerciantes y hacendados españoles y en poco tiempo se extendieron también a las de los criollos (Picó, 1987). Peones y campesinos, ahora convertidos en bandidos, identificaron perfectamente la vulnerabilidad de los sectores hegemónicos. Si bien el campo cafetalero estaba en crisis, esa crisis se exhibía más aguda para los ricos del campo, los hacendados.

Y PARA COLMO...SAN CIRIACO

Si las cosas eran difíciles para los hacendados cafetaleros en 1898, peores serían en 1899. Todavía el panorama era totalmente incierto cuando el huracán San Ciriaco azotó la Isla de Puerto Rico. Aquel fenómeno atmosférico representó una de las peores catástrofes naturales por las que la Isla ha atravesado en cualquier momento de su historia. Los vientos, las lluvias y las inundaciones dejaron a su paso cerca de 3.000 muertos y a 250.000 personas sin hogar. Los daños totales ascendieron a 36 millones de pesos (ó 20 millones de dólares). Pero el sector económico más perjudicado fue el del café, con daños calculados en 18 millones de pesos (ó 10 millones de dólares). Las exportaciones del grano en 1899 sólo alcanzaron el 10% del promedio vendido en los cinco años anteriores (Schwartz, 1992: 129-163, 135, 151).

La tormenta devastó los cafetales, y se calcula que se destruyeron entre el 55% y el 60% de los sembrados. Los vientos de entre 137 y 225 kilómetros por hora acabaron con el 90% de la cosecha de ese año. Considerando que San Ciriaco atravesó la Isla de este a oeste pasando por toda la región productora, el desastre parecía no tener precedentes. Para atajar el problema había que comenzar de nuevo por desmontar y limpiar las tierras, entonces, sembrar nuevos cafetos que tardarían entre 3 y 5 años en dar sus primeros frutos. El

desempleo, el subempleo y el hambre se apoderaron de la zona cafetalera (Schwartz, 1992:149-163). El problema es que ahora tocaba reconstruir, lo que implicaba grandes inversiones de capital. Los ya endeudados caficultores clamaban por crédito, pero los comerciantes estaban cada vez más renuentes a financiar cafetales, lo mismo que la joven banca del país.

LA RECUPERACIÓN EN LA DESILUSIÓN

La recuperación de los cafetales se dio, pero muy lentamente. Cálculos de la época indican que la economía cafetalera dejó de percibir ingresos equivalentes a 12 millones de dólares entre 1899 y 1901. El obligado a proporcionar auxilio fue el gobierno militar norteamericano. Tenían que evitar la bancarrota total de la nueva posesión. Además, era el momento adecuado para exhibir las “bondades” y mostrar las “conveniencias” del nuevo régimen político.

A raíz de la emergencia del huracán los militares pusieron en práctica un programa de recuperación agrícola que serviría para aliviar, simultáneamente, las necesidades de los hacendados y de los peones. A los primeros se les facilitaba mano de obra barata y a los segundos garantías mínimas de subsistencia.⁸

Aunque el panorama económico para el cafetal era pésimo, los hacendados tenían confianza en las “ventajas” del nuevo régimen político. En los norteamericanos veían la promesa de que su producto fuera particularmente privilegiado en el mercado estadounidense, uno de los principales consumidores de café en el mundo entero. Esperaban, además, fantásticas inversiones de capital en créditos para cosecheros y en infraestructura que facilitara las comunicaciones y los transportes.

Con el gobierno civil las élites cafetaleras encauzaron sus peticiones a través del cabildeo en Washington, consiguiendo que su producción se considerara como doméstica y que fuera incluida en tratados comerciales con Cuba, España y Francia⁹. Sin embargo, sus sueños más preciados nunca se hicieron realidad. Las colosales exportaciones hacia Estados

⁸ Para todos los detalles del programa “Ayuda al Hacendado”, véase Schwartz (1992: 153-157).

⁹ El cabildeo para estos asuntos estuvo a cargo de los comisionados residentes Federico Degetau y Tulio Larrinaga. “Lo del café”, *El Tiempo*, en CIH (Colección Angel Mergal), caja 8, libro 1, exp. 6 vto.; Puerto Rico Emergency Relief Administration, 1936: 9; Pérez de la Riva, 1944: 216-218; Carta de Alvey Allie a Degetau, 7 de marzo de 1904, en CIH, CAM, caja 4, cartapacio IX, exp. 5; Carta de JC McReynolds a Degetau, 11 de febrero de 1904, en CIH, CAM, caja 4, cartapacio VIII, exp. 29; Carta del Lic. Harlan a Degetau, 3 de marzo de 1904, CIH, CAM, caja 4, cartapacio IX, exp. 1; “La reunión de hoy”, *El Heraldo Español*, CIH, CAM, caja 8, libro 1, exp. 6-6vto.

Unidos y las grandes inversiones de capital nunca llegaron. Ni el nuevo gobierno metropolitano ni los inversionistas privados mostraron interés especial en el café. Por el contrario, los norteamericanos estaban convencidos de que el proyecto económico colonial que debían privilegiar era el de enfocar la producción insular hacia el azúcar. En 1900 el General George Davis, jefe del gobierno militar, lo articuló explícitamente:

“[El café] ... es una producción en la que invertir capital no interesa tanto como en la caña... El futuro del café en Puerto Rico no es alentador... por varios motivos, el primero y más serio de ellos es que el grano no se puede producir para competir con Brasil, Java, México, Guatemala, Costa Rica y Venezuela... Pero el comercio del azúcar pronto se puede duplicar, triplicar, o cuadruplicar y los trabajadores podrían ser atraídos de las montañas hacia las tierras azucareras” (Davis, 1902: 190-191. Traducción libre)

Entonces, no es casualidad que muy pronto en el siglo XX la economía de Puerto Rico girara en torno a la producción azucarera. Con el nuevo siglo, el número de centrales azucareras y la superficie cosechada de caña parecían multiplicarse¹⁰. El mercado para el azúcar estaba garantizado ya que Estados Unidos le ofreció entrada libre de impuestos al dulce puertorriqueño a partir de 1902.

En efecto, como anunciaba el General Davis, el café quedó relegado. El otrora producto dominante ahora ocuparía un tercer lugar en importancia económica¹¹. Podría pensarse que el desinterés norteamericano por el café buscaba dismantelar las estructuras económicas y sociales que pudieran asociarse con España, pero lo cierto es que no. A fin de cuentas, bajo el dominio español, el azúcar había sido tan importante como el café¹². Sin duda, el problema con el café era de índole estrictamente económica: simplemente, no atraía inversiones. Y la crisis del mercado cafetalero mundial lo explica. La caída de los precios internacionales evidenció las múltiples debilidades estructurales de la industria en Puerto Rico. Pero el huracán de 1899 tuvo también mucho que ver. Su alto grado de destrucción mostraba los riesgos que suponía la inversión en la agricultura del grano. Esos factores eran más que suficientes para desanimar las posibles inversiones de capital norteamericano en el cultivo del cafeto. Si a eso se le suma que el patrón de inversión norteamericano en ese

¹⁰ De las 12 centrales existentes al momento de la invasión ese número aumentó a 41 en 1910, y en la década de 1930 once centrales pertenecientes a compañías norteamericanas que controlaban el 23.7% de toda la tierra sembrada de caña (Dietz, 1989: 126-127).

¹¹ El segundo producto sería el tabaco (Dietz, 1989: 133-136).

¹² Más tarde en el siglo XX, sobre todo durante y después de los años 1920, el café se planteó como signo de puertorriqueñidad. En la literatura, las artes y otras expresiones culturales el tema del café aparece asociado con identidad nacional (Rodríguez, 1991b).

sector siempre estuvo más inclinado por la comercialización que por la producción y beneficio¹³, se entiende un poco más. Y, por último, su mercado tenía suficiente con el café que compraban a otros países latinoamericanos que actuaban como sus grandes socios regionales. Ya Estados Unidos tenía compromisos arancelarios con Brasil y México, entre otros (Rodríguez, 1996: 737-757).

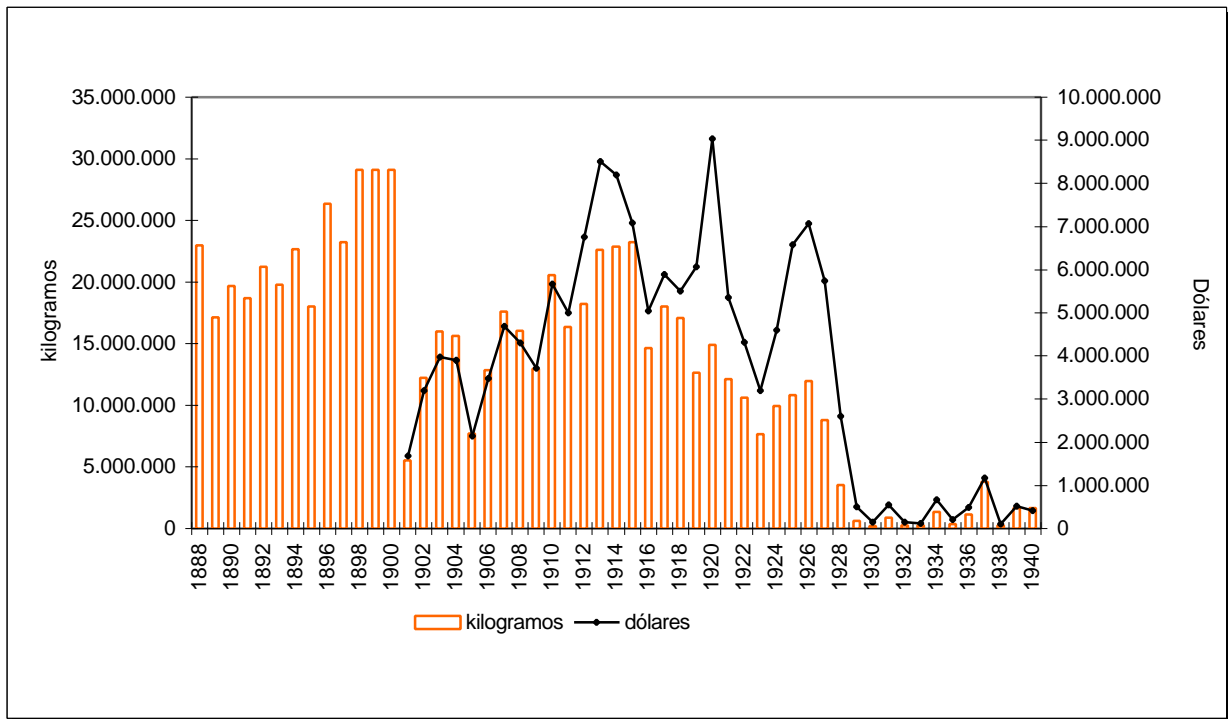
Pese a todo lo anterior, los cafetales boricuas se reanimaron. Fueron muchos los cosecheros persistentes. Lo cierto es que la crisis no había afectado a todos los actores económicos del cafetal de la misma forma. Los más dependientes del mercado internacional y del crédito fueron particularmente débiles. En este sentido los pequeños y medianos cultivadores fueron menos vulnerables que los grandes, porque por definición el campesino siempre privilegia la subsistencia a la ganancia, con una mayor disposición a combinar sus cultivos comerciales con los alimentarios básicos.

Sin embargo, tanto campesinos como hacendados superaron la crisis del cambio de siglo. Durante los primeros quince años del siglo XX, la caficultura puertorriqueña experimentó cierta expansión. Si bien jamás recuperaría la hegemonía económica del siglo anterior, la producción, exportación y precio del producto mejoraron (Gráfico 2). Entre 1900 y 1915, las exportaciones de café aumentaron consistentemente. Las ventas a Europa y a Cuba se llevaban a cabo con regularidad. El precio internacional del producto se estabilizó después de 1900, y de 1904 en adelante comenzó a aumentar, contribuyendo así a la mejoría de la situación económica del cafetal (Lewis, 1983: 347-349).

¹³ Véase Michael Jiménez “From Plantation to Cup...”, en Roseberry et al. (1995: 44-48). Allí el autor discute los asuntos cafetaleros desde la óptica norteamericana. Puede consultarse, además, Steven Topik, “Coffee” en Topik y Wells, 1998; 58-60; Rodríguez, 1997.

Gráfico No 2

Puerto Rico: exportaciones de café, 1888-1940



Fuente: Government of Puerto Rico, Department of Agriculture and Commerce, Annual Book on Statistics of Puerto Rico, 1947-48. s.l., s.e., s.f.: 260.

La Primera Guerra mundial supondría un escollo para el nuevo impulso de la caficultura boricua. Sin duda, tendría problemas serios para llegar a los mercados europeos. Por esa razón, el valor de las exportaciones disminuyó entre 1913 y 1919. (Gráfico 2) Con el final del conflicto, los cafetaleros puertorriqueños aprovecharon en lo posible la bonanza económica que sobrevino¹⁴. El valor alcanzado por las ventas puertorriqueñas no tenía precedente en lo que iba de siglo. Definitivamente, la demanda europea por artículos tropicales se hacía sentir.

Pero en 1921 la situación general de los productos agrícolas cambiaría. Ese año los precios cayeron estrepitosamente. La bonanza se había sustentado sobre bases frágiles, las

¹⁴ Los cafetaleros están en desventaja frente a otros productores a la hora de aprovechar coyunturas de rentabilidad inesperadas porque el cafeto necesita varios años de cultivo antes de la primera cosecha. Es probable que los cafetales sembrados entre 1919 y 1920 fueran los responsables del aumento en las exportaciones reflejado entre 1924 y 1926 (gráfico 2).

que proporciona la especulación. De manera que en la medida en que la agricultura europea comenzó a reponerse, los mercados se saturaron y los precios bajaron. La economía norteamericana, fuerte además en los sectores industriales y financieros, no sufrió tanto. Pero la puertorriqueña, extremadamente dependiente de su agricultura, se vio seriamente afectada.

LA PRIMICIA DE LA DEPRESIÓN

Los agricultores arruinados no fueron pocos y el golpe sobre la banca fue muy fuerte. Con la caída de los precios agrícolas de 1921, en Puerto Rico comenzó a experimentarse una depresión económica. La vida de las clases trabajadoras se deterioró. El desempleo, el subempleo, la reducción de salarios y el aumento en el costo de vida eran la orden del día. Los únicos que estuvieron en posición de sobrellevar la crisis fueron los accionistas de las grandes centrales azucareras que transfirieron los costos de la crisis a los sectores subalternos.

Los cafetaleros, por supuesto, estaban en serios problemas. La década de 1920 fue muy difícil. Salvo por una breve recuperación entre 1925 y 1927, todo lo demás fue vicisitud e incertidumbre (gráfico 2). En 1926, 1928, 1931 y 1932, la Isla fue azotada por huracanes¹⁵. Aunque todos fueron dañinos para la agricultura, el peor fue San Felipe. El ciclón de 1928 dejó a su paso 312 muertos y daños estimados en 50 millones de dólares. Los vientos de 322 kilómetros por hora arrasaron los cafetos, destruyendo más de la mitad de estas plantaciones y provocando que la cosecha de ese año se perdiera casi por completo (Miner, 1996: 48).

UNA VERDADERA CRISIS

La caída de los precios y el huracán de 1928 inauguraban una crisis de profundidades insospechadas. En el cambio de siglo los hacendados del cafetal habían tenido problemas graves, pero los de ahora parecían no tener soluciones esperanzadoras. En 1928, Manuel Rossy se hizo eco del sentir de los hacendados puertorriqueños al señalar que se sentían desprotegidos, precisados a proporcionarse ayuda por medios propios en una coyuntura de escaso dinero, créditos caros y altos impuestos¹⁶. Los del sector cafetalero, en particular,

¹⁵ San Liborio azotó la Isla el 24 de julio de 1926; San Felipe, el 13 de septiembre de 1928; San Nicolás, el 11 de septiembre de 1931; y San Ciprián, el 27 de septiembre de 1932 (Miner, 1996: 47-48).

¹⁶ Asamblea General Extraordinaria de la Asociación de Agricultores de Puerto Rico, del 25 de marzo de 1928 (CIH, CAAPR, rollo 7, Libro II: 5-6).

desde el año anterior se habían declarado víctimas del endeudamiento perenne, tanto que alegaban estar imposibilitados de pagar¹⁷. Así que las posibilidades de recuperación del café eran muy pocas después de San Felipe.

El cuadro crítico se agravó en 1929. En este año, la economía norteamericana, primero, y la del mundo, después, se sumieron en una de las más fuertes depresiones económicas de la historia. El agente catalítico de la crisis fue la caída bursátil y la contracción crediticia que le acompañó. La quiebra de bancos se convirtió en un espectáculo cotidiano en Estados Unidos, y en Puerto Rico la crisis financiera se sintió de inmediato¹⁸.

La Gran Depresión en Puerto Rico pareció tener un efecto amplificado. Si en Estados Unidos afectó lo más profundo de sus cimientos económicos, con graves repercusiones sociales, en Puerto Rico las implicaciones de la crisis fueron todavía mayores. En la Isla, la crisis económica generó efectos que manifestaban el fracaso del sistema colonial a todos los niveles. La fragilidad de un modelo económico ideado para beneficiar intereses más allá del país fue evidente. De modo que los realineamientos políticos no se hicieron esperar. Toda la vida puertorriqueña se alteró. El desempleo, el hambre y el deterioro palpable en la calidad de vida de miles de puertorriqueños, provocaron un ostensible desequilibrio social. La relación entre Estados Unidos y Puerto Rico tenía que replantearse. En la Isla cualquier medida de rehabilitación quedaba corta. En el caso de Puerto Rico, los esfuerzos debían encaminarse a reconstruir el país en lo económico, lo social y lo político¹⁹.

Había llegado el momento en que Estados Unidos tenía que invertir recursos políticos y económicos bastos para ayudar a Puerto Rico. Para eso hizo extensiva a la Isla la política del Nuevo Trato. Así, el gobierno se responsabilizó por agilizar las bases económicas que proporcionarían alivio social. Los organismos gubernamentales reconocieron que la situación de las zonas cafetaleras era alarmante (Santana, 1984: 77). Al principio, las ayudas en manos de la Cruz Roja Americana y la Administración Federal de Ayuda de Emergencia de Puerto Rico se limitaron a distribuir semillas entre los cosecheros (Roque, 1947: 5). Más tarde, se puso en práctica el Plan Cafetero, a cargo de la Administración de Reconstrucción

¹⁷ Sesión Ordinaria de la Junta Directiva de la Asociación de Agricultores de Puerto Rico del 12 de diciembre de 1927 (CIH, CAAPR, rollo 7, Libro I: 38).

¹⁸ En Puerto Rico quebraron el Banco Territorial Agrícola de Puerto Rico, el American Colonial Bank y el Banco Masónico, todos con fuertes inversiones en la agricultura (Sanz, 1969: 5-12).

¹⁹ Para los programas de ayuda a Puerto Rico y la tragedia de la crisis local, véase Mathews (1970); Santana (1984); Diffie (1931); Clark (1930).

de Puerto Rico, para coordinar el suministro de mano de obra a los hacendados a cambio de que les proporcionaran pequeñas parcelas a los trabajadores. El Plan ofrecía, además, asesoría en técnicas de cultivo cosecheros (Roque, 1947: 5).

No obstante, los mayores problemas de los agricultores en general, y de los caficultores en particular, eran la falta de liquidez, junto a la escasez de crédito. Por eso, el gobierno se convirtió en fuente de financiamiento. A partir de 1928, la Comisión Rehabilitadora Post-Huracán extendería créditos a los agricultores. Interesantemente, los caficultores fueron los que más créditos recibieron de esa institución²⁰. Después, el Banco Federal de Crédito Hipotecario y la Administración de Crédito Agrícola se sumaron al esfuerzo financiero. De hecho, el aumento en la deuda hipotecaria rural fue notable para todos los sectores agrícolas.

En el caso del café, el esfuerzo en ese sentido fue notorio. Pese a que los cafetaleros estaban fuertemente endeudados desde antes de la crisis, el gobierno les facilitó mucho dinero garantizado por sus propiedades. Un estudio de 1934 reflejó que la situación hipotecaria de las fincas de café era alarmante. En ese año el 67% de las fincas cafetaleras estaban hipotecadas, y en conjunto, el monto de la deuda era mayor al valor de las propiedades. Definitivamente, los gravámenes hipotecarios, los contratos de refacción y las contribuciones atrasadas eran desesperantes para los cosecheros de café (Descartes, 1935: 19-20). Esta situación se dramatizaba aún más al considerar que en esos mismos años, la caficultura parecía estar estancada en su peor etapa de crisis.

Pese a los esfuerzos del gobierno, nada resultaba suficiente para mejorar la situación económica y social en el cafetal. La violencia y la marginación venían apoderándose de los entornos cafetaleros desde principios de siglo XX. Según Fernando Picó, no era extraño encontrar:

“...gente sin domicilio, sospechosos, prófugos de la justicia, niños fugitivos de sus hogares, agregados desalojados por haber incidido en demasiadas raterías, o por haber protestado de las injusticias con suficiente vehemencia, jornaleros subiendo o bajando la cordillera en busca de empleo estacional, algún cuatrero merodeando los jugosos pastos de la comarca, atisbando aquí o allá un torito descuidado, o una mansa yegua que se deje enlazar” (Picó, 1983b: 27).

Sin embargo, a partir de la crisis estas situaciones se recrudecieron. Y los delitos contra la propiedad y la violencia se convirtieron en la orden del día (Picó, 1983b: 27). Sin

²⁰ En 1934 la Comisión había extendido préstamos a 2.664 caficultores por 4.911.709 dólares, para un 86,5% del total prestado (Descartes, 1935: 37, Tabla II).

duda, la miseria radicalizó las formas de resistencia de los más débiles. Así se explica la proliferación de conflictos huelgistas en las haciendas de café (Picó, 1983c)²¹. La débil estructura productiva puertorriqueña estaba definitivamente dislocada. Probablemente la situación del producto en los mercados mundiales no hacía más que empeorar las expectativas económicas del café. Desde 1921 se venía presentando una situación de sobreproducción mundial. Para atajarla, las autoridades de Brasil (el productor más grande del mundo) habían estado almacenando café con la idea de impedir un desplome mayor del precio. Sin embargo, en 1927-28 una cosecha mundial particularmente grande provocó el derrumbe de ese sistema y los precios cayeron. El gobierno de Brasil sumó nuevos esfuerzos, pero el precio del producto seguía bajando. La situación general de los mercados cafetaleros también desestimulaba la recuperación de los cafetales en Puerto Rico.

COMPARANDO CRISIS

Las crisis del cambio de siglo y la Depresión fueron similares. En ambos casos se conjugaron factores locales e internacionales, lo mismo que internos y externos a la economía cafetalera. Hubo la coincidencia de una adversa situación de mercado mundial del café y un cuadro económico general que ponía a prueba el modelo colonial. Asimismo, los cafetaleros tuvieron que afrontar los destrozos de dos de los huracanes más dañinos que han asolado a Puerto Rico (San Ciriaco, en 1899, y San Felipe, en 1928), y ser blanco de violencia y resistencia social. De igual manera, los productores de café se encontraron sin liquidez, endeudados y necesitados de crédito. La gran diferencia radica en que las consecuencias de la crisis de los 1920 y 1930 fueron mucho mayores. No hay más que observar el gráfico 2 para percatarse de los efectos de una y otra sobre la producción y exportación de café.

La coyuntura crítica de las décadas de 1920 y 1930 puso de manifiesto que la estructura productiva del café era muy parecida a la del cambio de siglo, pero todavía más débil. La caficultura tradicional apenas había sorteado una gran crisis cuando le sobrevino la segunda. Quizá por eso, el desplazamiento de aquellas formas productivas era inminente. La que verdaderamente estaba quebrada era la hacienda: aquella que históricamente había sido el centro económico y social del café, ya no daba más. El sistema estaba agotado y el riesgo de inversión era muy grande. Las haciendas, sustentadas en la coerción de la fuerza de trabajo y en el acaparamiento del producto de los más pequeños, y eternamente atadas al

²¹ Todas las huelgas encontradas por Picó fueron en fincas mayores de 50 has.

crédito, ya no eran un buen negocio. Lo que hizo de la crisis de la Depresión una definitiva para los hacendados, fue el fracaso de las viejas estructuras productivas y la necesidad de reinversión de capitales en otras áreas.

LA CAFICULTURA Y PROPIEDAD A PARTIR DE LA DÉCADA DE 1930

Los cambios no se hicieron esperar. De 1930 en adelante se practicaría una caficultura distinta, seguramente más modesta. Ahora atendería, principalmente, el mercado doméstico y las responsabilidades productivas recaerían, cada vez más, en cosecheros pequeños y medianos. Con la crisis de aquellos años, el descenso productivo generó una baja sensible en las cantidades exportadas. De hecho, la recuperación fue tan lenta que la mayor parte del grano producido se dedicó a satisfacer las necesidades del mercado doméstico (gráfico 3). Definitivamente, los bajos precios del producto tampoco alentaban la gran inversión (gráfico 4).

Gráfico No. 3

Puerto Rico: Producción, exportación y consumo local, 1921-1939

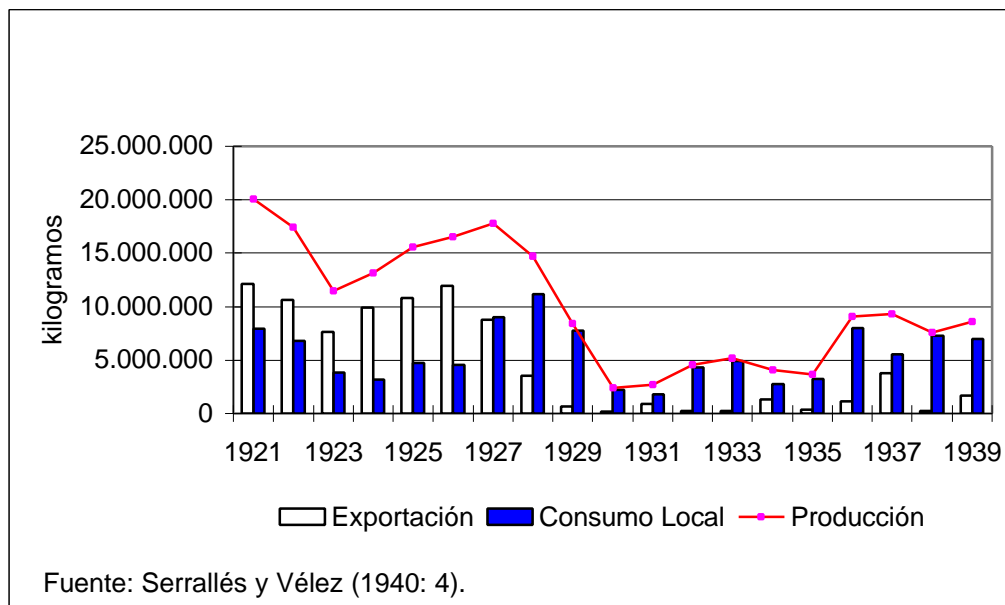
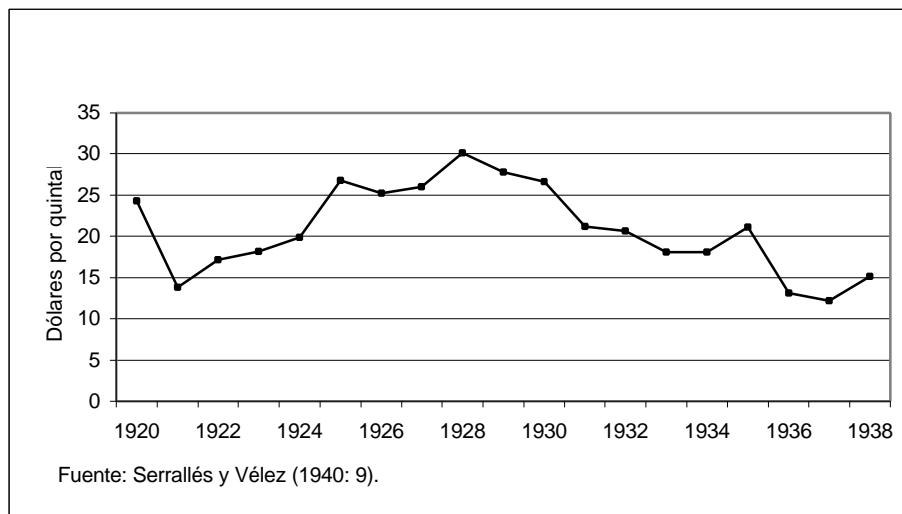


Gráfico No 4

Puerto Rico: Precio finca del café, 1920-1938



Frente a todo esto, se imponían prácticas cafetaleras con costos reducidos y con mayor flexibilidad ante los vaivenes del mercado. Los llamados a persistir fueron los cosecheros pequeños y medianos. La hacienda no murió de la noche a la mañana, pero sí comenzó el quiebre definitivo de su hegemonía económica y social en las montañas de Puerto Rico, para un dominio creciente de otros tipos de cosecheros.

Las consecuencias de la crisis cafetalera fueron múltiples y muy pocos los cosecheros preparados para afrontarlas. Junto con la pérdida de cosechas (después del huracán de 1928) y de la posibilidad de continuar con el gran negocio de las exportaciones, sobrevino la devaluación de las tierras cultivadas de café, problemas de crédito y liquidez para pagar mano de obra para la recuperación de los cultivos. El hambre y la protesta se apoderaban de la montaña cafetalera, y a ellas le siguió la emigración hacia las tierras de la costa, en tanto los acreedores exigían sus pagos (Rodríguez, 1991a: 112-157).

Los cosecheros con mejores herramientas para afrontar una crisis de esta magnitud son los campesinos. Ellos, siempre que retengan el acceso a la tierra, están en mejor posibilidad de sobrevivir cuando el resto de la sociedad está en grandes dificultades. Los campesinos, contrario a otros cosecheros, orientan su actividad en torno a las garantías de subsistencia. Esto les da autonomía y posibilidad de supervivencia cuando otros están en graves problemas (Wolf, 1982: 28). Así lo entendía el endeudado finquero Rafael Reyes en

1929, cuando temía que “sus hijos pudieran resultar en relativo corto tiempo en jornaleros de sus propios peones”²². El Sr. Reyes estaba atormentado por los créditos y necesitado de peones, mientras que los campesinos que le rodeaban se bastaban con la mano de otra familiar, y para asegurar su sustento recurrían a la combinación del cultivo del café con frutos menores y al consumo mínimo de todo aquello que implicaba monetario. A lo anterior debe sumarse el que, en aras de conservar sus tierras, muy probablemente se hayan cuidado de los riesgos excesivos que supone el crédito desmesurado. La economía de los campesinos tiene un gran contenido moral: ellos siempre procuran equilibrar su condición de productores a la de consumidores, cuando anteponen la satisfacción de sus necesidades a cualquier otra consideración (Scott, 1976).

A los campesinos cafetaleros le afectaba menos la migración y la depreciación de sus fincas. Ellos sí podían seguir adelante con sus cultivos de café, porque los mercados internacionales o los precios mundiales del grano incidían menos en sus destinos y sus vidas. Todo lo contrario ocurría a los hacendados, con cada vez menos oportunidades económicas en el cafetal. Y esto fue lo que reflejó la estructura agraria a partir de la década de 1930, aunque ya sus transformaciones anunciaban la “campesinización” desde mucho antes.

Ciertamente, los cambios en el paisaje agrario puertorriqueño no eran una novedad que llegaba con la Depresión. Las fincas pequeñas y medianas habían venido ganando terreno desde principios de siglo XX. No hay que dudar que la crisis del cambio de siglo hizo tambalear la estructura productiva organizada en torno a las haciendas. Seguramente, los campesinos y medianos cosecheros habían estado en mayor disposición de persistir desde la caída de los precios de fines del siglo XIX. No obstante, fueron los retos que le fue presentando el siglo XX a la economía del cafetal, los que hicieron que las propiedades más pequeñas fueran avanzando en el dominio de la producción del grano.

Al examinar los cambios en la estructura de la propiedad agraria entre 1910 y 1930, resulta que los cosecheros pequeños (con fincas de 19 ha o menos), y los medianos (con propiedades de entre 20 y 70 ha), fueron aumentando su control sobre las tierras dedicadas al café²³, mientras las fincas cafetaleras más grandes lo perdían. Por lo menos ese fue el caso en

²² La desesperada situación de los cafeteros pintada por el Sr. Oliver Cuveljé, en *El Agricultor Puertorriqueño*, III, 6: 9, de fecha 15 de noviembre de 1928.

²³ La excepción la presenta el caso de Las Marías. Allí la cantidad total de fincas de café se reduce grandemente entre 1910 y 1920, pero disminuyen particularmente las de 7 ha o menos. Esto podría responder a un problema de registro del censo, dada la consistencia de los números para 1920 y 1930 (cuadro 1).

varios de los principales municipios cafetaleros. En Adjuntas, Lares, Maricao y Utuado, los cosecheros con menos de 19 hectáreas eran más en 1930 que en 1910, y dominaban cada vez más tierras dedicadas al café. Lo mismo sucedía con los productores que tenían entre 20 y 70 hectáreas (U.S. Bureau of Census, 1913: 60-65; U.S. Bureau of Census, 1932: 14-33).

El censo de 1935 es todavía más explícito en esta situación, porque la tendencia se había acusado sustancialmente. En ese censo ni siquiera se estableció una categoría para fincas mayores de 405 ha. Además, las propiedades menores de 19 ha controlaban el 39% de las tierras dedicadas a ese cultivo. Esto evidencia el paso firme con que avanzan las fincas cafetaleras pequeñas y medianas después de la crisis de los años 1930. (cuadro 1).

Cuadro No 1
Estructura de la Propiedad Agraria
Cafetalera de Puerto Rico en 1935

Rangos (ha)	Número de fincas	% Fincas	Control de tierras (%)
0 a 3	9.816	72,6	16
4 a 7	1.562	84,1	24
9 a 19	1.168	92,8	39
20 a 39	514	96,6	53
40 a 70	290	98,7	69
71 a 202	156	99,9	89
203 y más	20	100,0	100
Total	13.526		

Fuente: U.S. Bureau of the Census (1938: 17).

REFLEXIONES FINALES

Pero, ¿puede esto entenderse como un proceso de “campesinización”? ¿La caficultura puertorriqueña de hoy está en manos campesinas? ¿Estos pequeños cosecheros puertorriqueños, eran y son campesinos?. Según Eric Wolf, un campesino se define por el tipo de relación que tiene con la tierra y con el mercado. Como se señalaba anteriormente, los campesinos privilegian la satisfacción de las necesidades familiares (o la subsistencia) sobre la ganancia, por eso no son empresarios en un sentido económico estricto. No obstante, los campesinos forman parte de una sociedad más amplia, y es esa interacción la que imprime características específicas al grupo de acuerdo a contextos y tiempos históricos (Wolf, 1982: 10).

Los pequeños productores de café en el Puerto Rico del siglo XX son campesinos si se entienden como cosecheros en pequeño, que están dedicados a la producción de un artículo comercial que les permite asegurar la subsistencia. Estos puertorriqueños funcionan como un campesinado (abierto), racional económicamente, y en correspondencia con una sociedad cada vez más moderna y compleja. Para definir a los pequeños caficultores puertorriqueños de la actualidad como campesinos, debe admitirse que los campesinos no solamente procuran garantías de subsistencia, sino que pueden perseguir un aumento en el nivel de vida hasta, incluso, alcanzar cierto enriquecimiento, pero siempre seguros de su supervivencia (Popkin, 1979).

Cuadro No 2
Puerto Rico: Fincas de Café en 1998

Rangos (ha)	Número de fincas	% Fincas	Control de tierras (%)
Menos de 4	4.405	54,6	12,0
5 a 8	1.838	77,4	26,9
9 a 22	1.282	93,3	51,7
23 a 46	308	97,1	64,6
47 a 81	125	98,7	74,2
82 a 121	29	99,0	78,0
122 ó más	74	100,0	100,0
Total	8.061		

Fuente: U.S. Department of Agriculture
(1998: 202, tabla 75)

En el Puerto Rico contemporáneo, la mayor parte de los cosecheros de café manejan pequeñas fincas en las que cultivan, además, otros productos como musáceas, legumbres, frutas y tubérculos (U.S. Department of Agriculture, 1998: 206, tabla 75). Ellos dominan totalmente la caficultura, puesto que el 93% de los cosecheros tienen fincas menores a 22 ha. Por otra parte, el número total de fincas con superficie mayor a 22 ha se ha reducido si se comparan las cifras de 1998 con respecto a las de 1935 (cuadros 1 y 2).

Es interesante destacar que los campesinos operan en la actualidad dentro de un marco de total modernidad, y participan de un mercado local sumamente competitivo con el propósito de abastecer una demanda internacional de café de alta calidad. Pero, después de todo, jamás han logrado librarse del fantasma de la desigualdad. El gran negocio cafetalero está más allá de las manos de los cosecheros, ya que los beneficiadores y torrefactores se quedan con la mayor parte de las ganancias. De las 8.061 fincas de café, solamente 1.933

cuentan con máquinas despulpadoras, 368 con secadoras mecánicas y 183 con máquinas para lavar el grano (U.S. Department of Agriculture, 1998: 206, tabla 75). La agricultura del café en Puerto Rico es responsabilidad de cosecheros en pequeño. Sin embargo, éstos están lejos de ser los principales beneficiarios del sistema.

ACRÓNIMOS

CAAPR: Colección Asociación de Agricultores de Puerto Rico

CAM: Colección Ángel Mergal

CIH: Centro de Investigaciones Históricas, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BERGAD, Laird W. 1983. *Coffee and the Growth of Agrarian Capitalism in Nineteenth-Century in Puerto Rico*. Princeton: Princeton University Press.

U.S. BUREAU OF THE CENSUS. 1913. *Thirteenth Census of the United States taken in the Year 1910*. Washington: Government Printing Office.

U.S. BUREAU OF THE CENSUS. 1932. *Fifteenth Census of the United States, 1930*. Washington: Government Printing Office.

U.S. PUERTO RICO RECONSTRUCTION ADMINISTRATION. 1938. *Censo de Puerto Rico, 1935*. Washington: United States Printing Office.

U.S. DEPARTMENT OF COMMERCE, ECONOMICS AND STATISTICS ADMINISTRATION, BUREAU OF THE CENSUS. 1992. *Census of Agriculture, Volume 1: Geographic Area Series, Part 52. Puerto Rico*.

U.S. DEPARTMENT OF AGRICULTURE. 1998 *Census of Agriculture for Puerto Rico*. {{HIPERVÍNCULO "http://www.nass.usda.gov/census97/puerto_rico/puerto.htm"}}).

CLARK, Victor. 1930. *Puerto Rico and its Problems*. Washington: The Brooking Institution.

DAVIS, George. 1902. *Military Governor of Porto Rico on Civil Affaires. Annual Reports of the War Department for the Fiscal Year ended June 30, 1900*. Washington: Government Printing Office.

DESCARTES, Sol Luis. 1935. "La situación hipotecaria rural en Puerto Rico". En: *Boletín de la Estación Experimental Agrícola de la Universidad de Puerto Rico*, XLIX: 6-43.

DIETZ, James L. 1989. *Historia económica de Puerto Rico*. Río Piedras: Ediciones Huracán.

DIFFIE, Bailey; DIFFIE, Justin. 1931. Porto Rico: A Broken Pledge. New York: Vanguard Press.

LEWIS, Arthur W. 1983. Crecimiento y fluctuaciones, 1870-1913. México: Fondo de Cultura Económica.

MATHEWS, Thomas. 1970. La política puertorriqueña y el Nuevo Trato. Río Piedras: Editorial Edil.

MINER, Edwin. 1996. Historia de los huracanes en Puerto Rico. San Juan, s.e.

PÉREZ DE LA RIVA, Francisco. 1944. El café. Historia de su cultivo y explotación en Cuba. La Habana: Jesús Montero Editor.

PICÓ, Fernando. 1983a. Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX. Río Piedras: Ediciones Huracán. 3º edición.

PICÓ, Fernando. 1983b. Los gallos peleados. Río Piedras: Ediciones Huracán.

PICÓ, Fernando. 1983c. "Conflictos en el cafetal: huelgas en las fincas utuadeñas de café vistas a través de los Libros de Novedades de la Policía". En *El café*. Río Piedras: Colección Puertorriqueña/Sistema de Bibliotecas de la Universidad de Puerto Rico.

PICÓ, Fernando. 1985a. Amargo café. Río Piedras: Ediciones Huracán. 2º edición.

PICÓ, Fernando. 1985b. Historia general de Puerto Rico. Río Piedras: Ediciones Huracán. 2º edición.

PICÓ, Fernando. 1985. 1898: La guerra después de la guerra. Río Piedras: Ediciones Huracán.

PICÓ, Fernando. 1997. "La revolución puertorriqueña de 1898: La necesidad de un nuevo paradigma para entender el 98 puertorriqueño". En: *Historia y Sociedad*, X: 7-22.

PICÓ, Fernando. 1998a. Cada guaraguao...Galería de oficiales norteamericanos en Puerto Rico (1898-1899). Río Piedras: Ediciones Huracán.

POPKIN, Samuel. 1979. The Rational Peasant. The Political Economy of Rural Society in Vietnam. Berkeley: University of California Press.

PUERTO RICO EMERGENCY RELIEF ADMINISTRATION. 1936. Problemas tarifarios de Puerto Rico. San Juan: Tipografía San Juan.

RODRÍGUEZ, Mabel. 1991a. Atrapados en la Depresión: Los caficultores puertorriqueños ante la coyuntura crítica de 1928-1939. Río Piedras: Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico. Tesis M.A.

RODRÍGUEZ, Mabel. 1991 (b). "Cafetales de escritorio: las interpretaciones académicas sobre la sociedad del café en Puerto Rico". En: *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, 6: 11-39.

RODRÍGUEZ, Mabel, 1996. "México y las relaciones comerciales con Estados Unidos en el siglo XIX: Matías Romero y el fomento del café". En: *Historia Mexicana*, XLV (4): 737-757.

RODRÍGUEZ, Mabel. 1997. Paisaje agrario y sociedad rural. Tenencia de la tierra y caficultura en Córdoba, Veracruz (1870-1940). México: Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México. Tesis de Doctorado.

Roque, Arturo. 1947. El cultivo del café de Puerto Rico. Un patrón de economía artificial. Río Piedras: Estación Experimental Agrícola de la Universidad de Puerto Rico.

ROSEBERRY, William; GUDMUNDSON, Lowell; SAMPER K., Mario (Edit). 1995. *Coffee, Society and Power in Latin America*. Baltimore: The John Hopkins University Press.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás (comp.) 1985. Población y mano de obra en América Latina. Madrid: Alianza Editorial.

SANTANA R., Leonardo. 1984. Planificación y política durante la administración de Luis Muñoz Marín: un análisis crítico. San Juan: Análisis.

SANZ, Ángel. 1969. Reseña histórica de la banca en Puerto Rico. Santurce: Talleres de Artes Gráficas del Departamento de Instrucción Pública.

SCARANO, Francisco. 1993. Puerto Rico. Cinco siglos de historia. San Juan: McGraw-Hill.

SCHWARTZ, Stuart B. 1992. "El huracán de San Ciriaco. Desastre, política y sociedad en Puerto Rico, 1899-1901". En: *Historia y Sociedad*, V: 128-162.

SCOTT, James C. 1976. *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.

SERRALLÉS, Jorge; VÉLEZ, Martín. 1940. "Price of Coffee in Puerto Rico from 1900 to 1938". En: *Boletín de la Estación Experimental Agrícola de la Universidad de Puerto Rico*, LV: 1-24.

TOPIK, Steven; WELLS, Alen. 1998. *The Second Conquest of Latin America. Coffee, Henequen and Oil during the Export Boom, 1850-1930*. Austin: University of Texas Press.

WOLF, Eric. 1982. *Los campesinos*. Barcelona (España): Editorial Labor. 3º edición.